

527-528OPUSCULUM VIGÉSIMO NOVENO. SOBRE EL VESTIDO HUMILDE DE LOS ECLESIÁSTICOS.

ARGUMENTO.

A Mainardo, abad que solía vestirse con ropas más preciosas, se le muestra cuán indecoroso es para los hombres eclesiásticos, y especialmente para los monjes, desear la ostentación de las vestiduras. También se presentan muchos ejemplos tomados de las Sagradas Escrituras, de los cuales se prueba claramente que a Dios le desagrada tal pompa de vestiduras: ya que todos los santos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, e incluso el mismo Cristo, no se avergonzaron de usar vestiduras más humildes.

Al señor MAINARDO, hermano queridísimo, PEDRO, pecador monje, salud en el Señor.

Habiendo probado y aplicado adecuadamente todos los tipos de medicina, si el enfermo muere, no hay razón para que la conciencia del médico sea reprochada. Pues ha hecho todo lo que pudo, quien ha cumplido con todos los argumentos de curación que corresponden a Arquígenes. Así, cuando el que tiene fiebre muere, quien había cumplido con el deber de curar, no es culpable. Pues, lo que era suyo, mostró la diligencia de su arte, y por eso no será objeto de calumnia. Hace ya mucho tiempo, hermano, que el ardor de las vestiduras preciosas te ha consumido, y, por así decirlo, el fuego de la ambición ha quemado tus entrañas como una fiebre letal. Yo, sin embargo, como médico, aunque inexperto, te he aplicado el aceite de la suave y dulce admonición, y frecuentemente he vertido el vino de la corrección austera. No te han faltado los unguentos de las Escrituras, cuyas sentencias, mientras me esforzaba en exponer, no cesé de ofrecerte como especies aromáticas. Y puesto que yo, junto con los demás hermanos, siempre estuvimos contentos ante ti con vestiduras humildes, al hacer primero yo mismo lo que aconsejaba, fue como si primero bebiera el antídoto: y así te incité a beber lo que te ofrecía. Pero también finalmente apliqué el cauterio de la advertencia, amenazando con los fuegos del infierno por el brillo de las vestiduras. ¿Acaso no aplicaba el hierro de la advertencia a los ricos Santiago, cuando decía que aquí las vestiduras son devoradas por las polillas, y allí las carnes son consumidas por el fuego, diciendo: «Vamos ahora, ricos, llorad, aullando por las miserias que os vendrán. vuestras riquezas están podridas, y vuestras vestiduras están comidas por las polillas, vuestro oro y plata están corroídos, y su corrosión será testimonio contra vosotros, y devorará vuestras carnes como fuego (Sant. II).» El metal, que ahora se posee por avaricia, entonces se convierte en láminas: y la carne, que ahora se adorna con vestiduras teñidas, después se frota con la llama estridente. ¿Acaso no aplicó también el Salvador el instrumento medicinal a la ambición de las vestiduras, cuando dijo que el rico adornado con lino fino y púrpura ardía en las llamas infernales? (Luc. XVI.) Pues, según el testimonio de la Escritura, no se reprende nada más en este rico, sino que bajo el brillo de las vestiduras también se leía que banqueteara espléndidamente sin misericordia. Aunque incluso en el mismo adorno de la vestidura más elegante, sin duda se descubre el deseo de vana gloria. Pues nadie anhela vestirse con vestiduras preciosas donde la mirada ajena no pueda contemplarlo. Pero cada uno desea brillar con vestiduras más elegantes para deleitar la mirada de los que lo admiran, para alimentar las lujurias de los ojos ajenos; pero mientras acaricia los ojos de los que lo miran desde fuera, ofende la mirada del juez interior.

[SOBRE EL VESTIDO HUMILDE DE LOS ECLESIÁSTICOS.]

CAPÍTULO PRIMERO. Con qué vestiduras se deleita la Santa Iglesia

Ciertamente, los poderosos del mundo suelen deleitarse con las vestiduras adornadas de sus servidores, especialmente si los encargados de preparar el hospedaje son admirables, si los que van delante parecen distinguidos por la apariencia de diversos atuendos. Pero veamos al precursor de Cristo, Juan, atendamos al insigne precursor del rey: quien ciertamente lo precedió en espíritu y poder de Elías (Luc. I), para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y a los incrédulos hacia la prudencia de los justos. Consideremos, pues, con qué vestiduras se deleita el emperador del cielo y de la tierra en su precursor; pero, según el testimonio del Evangelio, sabemos que su vestidura estaba cubierta de pelos de camello. De lo cual el Salvador dice: «¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿A un hombre vestido con ropas delicadas? He aquí, los que visten ropas delicadas están en las casas de los reyes (Mat. III; Mar. II; Luc. VII).» Como si claramente dijera que no son dignos de los servicios del rey celestial, sino del terrenal, quienes desean ser adornados con vestiduras elegantes para la vana gloria. Pues la corte real se deleita con vestiduras delicadas; la Iglesia se deleita con las ásperas y descuidadas. «Toda la gloria de la hija del rey es interior (Sal. XLIV):» La Iglesia, o cualquier alma fiel, que es hija de los santos apóstoles, no se deleita en brillar exteriormente, sino que se alegra de aparecer adornada ante la mirada del juez oculto. No se deleita con la belleza fingida de las vestiduras, sino que se gloria en la variedad de virtudes resplandecientes. De la cual variedad también la Escritura prosigue: «Con flecos de oro está rodeada de variedad (Ibid.).» ¿Quieres oír la variedad de vestiduras que deleita la mirada del esposo celestial? Ciertamente, el alma conspicua por el candor de la castidad nívea, ante los ojos de Dios omnipotente, parece vestida con lino espiritual, o con túnica: esta también, mientras se enciende con la llama de la caridad ferviente, se tiñe con el rojo del azafrán doblemente teñido; cuando verdaderamente desea ardientemente ser mortificada de este mundo, o ser consumada por el martirio; entonces se tiñe con la sangre del caracol, y así imita la apariencia de la púrpura real. Pero tampoco se debe creer que el verde del pistacho esté ausente por mucho tiempo, porque mientras la mente alegre espera firmemente las alegrías de los pastos siempre verdes, florece inmarcesiblemente en la apariencia del esmeralda. Por lo cual también se dice por Pedro: «Porque Dios nos ha regenerado en una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo para una herencia incorruptible, incontaminada, e inmarcesible, reservada en los cielos (I Ped. I).» Con estas vestiduras el Señor testimonia que ha vestido al alma, cuando habla por Ezequiel, diciendo: «Te vestí con colores variados, y te calcé con azul, y te ceñí con lino, y te vestí con finas vestiduras, y te adorné con ornamento (Eze. XVI).» Este mismo adorno, este ornamento de vestidura espiritual, también Pedro lo exige de las mujeres, cuando les prohíbe las galas de la composición lujuriosa y lupanaria: «Cuyo adorno no sea el exterior de peinados ostentosos, ni de atavíos de oro o plata, ni de vestiduras, sino el hombre oculto del corazón en la incorruptibilidad de un espíritu tranquilo y modesto, que es de gran valor ante Dios (I Ped. III).» Pues el esposo invisible se deleita con el adorno invisible, y cuando ve que el alma santa brilla con virtudes, vuela inmediatamente a sus abrazos; a quien dijo: «Eres hermosa, amiga mía, dulce y decorosa, como Jerusalén (Cant. VI).» Como Jerusalén, dice, no como Babilonia, que Juan vio rodeada de púrpura y escarlata, y adornada con oro, piedra preciosa, y perlas: teniendo un cáliz en su mano lleno de abominación, e inmundicia de su fornicación (Apoc. XVII). Babilonia ciertamente es habitada por el diablo, Jerusalén por Cristo. Aquel se deleita con la vanidad del vestido lujurioso; este se deleita con las vestiduras ásperas y humildes, si no falta la humildad del corazón. Pues, como testimonia la sagrada historia de los Reyes: «El rey de Israel, y Josafat rey de Judá, se sentaban cada uno en su trono, vestidos con vestiduras reales en la plaza, junto a la puerta de Samaria, y todos los profetas profetizaban mentiras en su presencia (III Reg. XXII).» El autor de la mentira se deleitaba con las lujurias del vestido adornado, y había fabricado en la apariencia del adorno simulado las oficinas de la falsedad por boca de los profetas. Pero, por el contrario, cuando el mismo Acab recibía las

duras palabras del amenazante Elías, como era digno, y temía el inminente golpe de la espada de la ira divina sobre su cuello, según el testimonio de la Escritura: «Rasgó su vestidura, y cubrió su carne con cilicio, ayunó y durmió en saco, y andaba con la cabeza baja. Y vino la palabra del Señor a Elías tesbita, diciendo: ¿No has visto a Acab humillado ante mí? Porque se ha humillado por mi causa, no traeré el mal en sus días (III Reg. XXI).»

CAPÍTULO II. Cuán pernicioso para el alma y odioso a Dios es vestirse con vestiduras espléndidas.

He aquí que Acab se adorna con la púrpura imperial, y es engañado por el espíritu reprobado; se viste de cilicio, y aparta la espada de la ira divina; adornado con las insignias reales, cae en el lazo del engaño; cubierto con saco, obtiene la indulgencia de la venganza diferida. Que vaya, pues, el monje dado a la vana gloria, y resplandeciente con toga brillante, alimente las lujurias de los ojos de los que lo miran con el brillo de sus vestiduras; pero mientras brilla con vestiduras, está expuesto a los engaños de los espíritus inicuos: además, provoca contra sí la sentencia de la indignación divina, mientras, entregado solo a lo exterior, invita a los ojos de los hombres a admirarlo; y tanto más despreciable es, cuanto más se viste con vestiduras elegantes ante los ojos de los que lo miran, siendo despreciado por Dios que reprueba la soberbia. Pero, por el contrario, Job, que desnudo cayó en tierra, que raspa con un tiesto la supurante podredumbre, mientras en el estercolero, podrido y lleno de gusanos, es despreciado incluso por su esposa, obtiene el consuelo de la divina consolación (Job I, II, XXXVIII). Pues Dios no se asquea de las suciedades del contagio corporal, donde encuentra la pureza del corazón limpio. Además, ¿qué es lo que dice el Apóstol: «Teniendo alimento y con qué cubrirnos, estemos contentos con esto?» (I Tim. XVI.) ¿Por qué, cuando dice, teniendo alimento, no añade inmediatamente, y vestiduras? sino que solo cuando dice, teniendo alimento, añade enseguida, y con qué cubrirnos. ¿Por qué esto, sino para enseñar claramente que debemos vestirnos con coberturas tan despreciables, que no sean dignas de ser llamadas vestiduras? En verdad, el rey David desnudo, y contento solo con el efod, salta públicamente ante el arca del Señor (II Reg. VI). Isaías, el profeta evangélico, durante tres años desnudo y descalzo, camina ante hombres y mujeres (Isa. XX); ¿y el monje, que ha profesado la sepultura de la vida carnal, aún anhela las pompas de la vestidura brillante? Aunque el mismo Isaías, incluso antes de andar desnudo, no se deleitaba con ningún vestido suave, sino que estaba cubierto con cilicio. Pues si no anduviera cubierto con cilicio, la voz divina no le habría ordenado: «Desata el saco de tus lomos (Ibid.).» Esau ciertamente retuvo en casa las vestiduras muy buenas, como dice la Escritura, para ir de caza; pero otro, vestido con ellas, recibió el primado de la bendición paterna (Gen. XXVII). Jacob, que como bajo la doctrina evangélica primero no tenía dos túnicas (Mat. X), también buscó en oración una vestidura simple, junto con alimento: «Si Dios, dice, está conmigo, y me guarda en el camino por el que ando, y me da pan para comer, y vestidura para vestir, el Señor será mi Dios (Gen. XXVIII).» Por tanto, quien tenía vestiduras dobles por honor, es destruido; quien estaba contento con una simple, es elevado por las limosnas de la gloria divina. Herodes también, como se lee en los Hechos de los Apóstoles, mientras vestido con vestidura real, es visto conspicuo (Act. XII); mientras se le aclama al hablar al pueblo que tiene voces de Dios, no de hombre, inmediatamente es herido por un ángel; y porque, dado a la vana gloria, sabía transferir a sí mismo la gloria dada a Dios, consumido por los gusanos, expiró por el juicio repentino que sobrevino. Así ciertamente, así es digno de ser derribado por el juicio divino, quien ante los ojos de los hombres ambiciona ser arrogantemente exaltado por el brillo del vestido más elegante. Pues el mismo Creador de los ángeles, mientras es reclinado en el pesebre llorando (Luc. II), no está cubierto con púrpura, ni con togas resplandecientes, sino que se lee que está envuelto en humildes pañales. Que se avergüence, pues, la soberbia

terrenal, que se confunda y asombre la arrogancia del hombre redimido, donde inmediatamente, al estallar los rayos, resplandece la humildad del Redentor. Pues incluso en el mismo artículo salvífico de la pasión, Herodes lo vistió con una vestidura blanca, y lo envió de nuevo a Pilato con esta burla (Luc. XXIII). Y cuando el Apóstol dice: «Salgamos a él fuera del campamento, llevando su oprobio (Hebr. XIII).» Se demuestra que no quiere llevar el oprobio de Cristo, quien, hinchado de arrogancia, se niega a vestirse con vestiduras humildes. Ciertamente, quien rechaza el oprobio del Salvador muerto por nosotros, quien, estando en el orden de la mortificación, desprecia una vestidura blanca o cualquier otra humilde.

CAPÍTULO III. Desaconseja el deseo de vestiduras preciosas.

Tú, pues, queridísimo, ya como si vomitaras la pus del letal flujo de la enfermedad, expulsa del estómago de la mente enferma el deseo de vestiduras preciosas. No es un leve malestar del alma alegrarse con el brillo supersticioso del vestido corporal. Pues ha excluido la gracia del Espíritu Santo, en la cual se deleita, quien se dispersa por el deseo del adorno exterior; quien ciertamente si sintiera en su mente la dulzura, de ninguna manera desearía la vanidad superflua del adorno corporal: lo cual el Sabio advierte que debe evitarse, diciendo: «En el vestido no te gloríes nunca, y en el día de tu honor no te exaltes (Ecli. XI).» Por tanto, anhela el brillo de aquella vestidura, con la cual puedas prevalecer perpetuamente ante los ojos de Dios, no con la cual pases los momentos engañosos y frívolos de esta vida. Ahora, pues, usa las vestiduras sucias, cuyo desaliño puedas cambiar por el candor inmarcesible. De lo cual, en verdad, se dice de ambos tipos de vestidura por Zacarías: «Jesús, dice, estaba vestido con vestiduras sucias, y los ángeles estaban delante de él. Y respondió y dijo a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle las vestiduras sucias; y le dijo: He aquí, he quitado de ti tu iniquidad y te he vestido con vestiduras de gala; y dijo: Poned una mitra limpia sobre su cabeza (Zac. III).» Pues, ¿qué debe entenderse por Jesús, el gran sacerdote, sino el Mediador entre Dios y los hombres? Ciertamente, así como por Zorobabel hijo de Salatiel, que había salido de la estirpe real de Judá, y Jesús hijo de Josadac, que administraba el derecho del oficio sacerdotal, el pueblo israelita escapó del yugo de la cautividad babilónica después de setenta años, y el templo de Jerusalén, que había sido destruido, fue reconstruido con nueva vida; así el número de los elegidos, después de los tiempos de esta vida, que transcurren con la repetición septenaria de los días, es liberado de la servidumbre de esta mortalidad por Jesucristo, que es el verdadero rey y sacerdote, y en la Jerusalén celestial el templo de Dios, que es la santa Iglesia, es renovado. De la cual servidumbre dice el Apóstol: «Porque también la creación misma será liberada de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom. VIII).» Entonces, pues, Jesús no quita de su cuerpo, que es la Iglesia, las vestiduras sucias, entonces asume el gobierno del honor y la gloria; porque todo el coro de los elegidos es liberado del desaliño lúgubre de la tristeza temporal, y se viste con la estola de la inmortalidad en aquel esplendor de la felicidad eterna. Lo cual también canta claramente la Iglesia en el salmo de la dedicación de la casa: «Has convertido, dice, mi lamento en gozo para mí; has rasgado mi saco, y me has ceñido de alegría, para que cante a ti mi gloria, y no me duela (Sal. XXIX).» También se pone una mitra limpia sobre su cabeza, porque es coronado con la gloria de la felicidad eterna. Por tanto, en vista de esta vestidura bienaventurada, queridísimo hermano, desprecia todos los halagos del adorno corruptible, desprecia las galas lúdicas y flotantes del vestido brillante; contento con lo extremo y humilde, constriñete bajo la ley de la santa regla. No seas altivo, sino teme (Rom. XII); busca el último lugar en las bodas espirituales, teme la injuria de la humildad; si alguna vez se desliza negligentemente, corrígelo con penitencia. Recuerda, pues, lo que se dice por Salomón: «Si el espíritu del que tiene poder se levanta contra ti, no dejes tu lugar (Ecle. X).»

Como si dijera claramente: Si consideras que el espíritu del tentador prevalece contra ti en algo, no abandones la humildad de la penitencia. Considera, pues, más glorioso ser cubierto humildemente con vestidura blanca con Cristo (Luc. XXV), que ser sepultado irrecuperablemente con el rico soberbio y vestido de púrpura en las llamas vengadoras (Luc. XVI).

Bendito sea el nombre del Señor.